



CHILE LUCHA

ORGANO OFICIAL DE LA
ORGANIZACION DEL TERCER CONGRESO
JUVENTUD RADICAL REVOLUCIONARIA DE CHILE

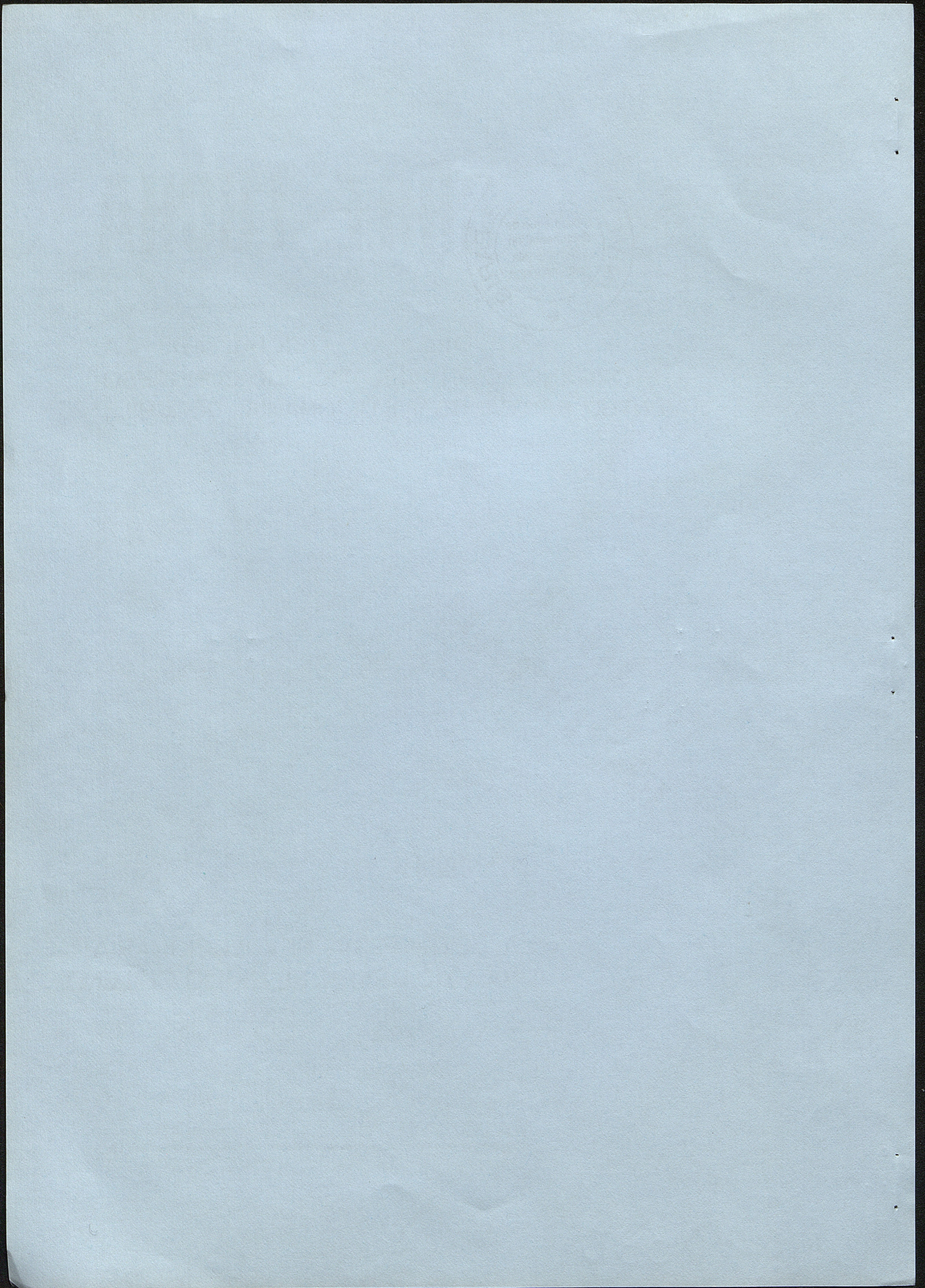
**NUMERO
ESPECIAL**

DOCUMENTO :

- * LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA:
UNA ETICA PARA EL EXILIO CHILENO.

MAYO 1978 *

4 P 10330



LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA: UNA ÉTICA PARA EL EXILIO CHILENO.

PATRICIO VALDES. Chileno. Sociólogo. Fue el primer vicepresidente de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (1958-1965). Ex-Presidente de la Juventud Radical Revolucionaria. En 1972, renunció públicamente al Partido Radical de Chile. Detenido durante 16 meses, fue luego expulsado de su país por la Junta Militar. En Colombia se ha desempeñado en las Universidades INCCA, Jorge Tadeo Lozano y Fundación Educacional Autónoma. Actualmente, militante de la Organización del Tercer Congreso de la Juventud Radical Revolucionaria de Chile.--

La experiencia chilena, la dramática realidad vivida desde el once de septiembre de 1973 y las particulares condiciones que le dan vida la sitúan como tema de permanente interés para el conjunto de la izquierda de ese país y, posiblemente, incluso la latinoamericana. Más aún si se considera la acelerada proliferación de regímenes militares de contrainsurgencia en el Cono Sur que la proyectan en ámbitos geográficos y políticos más extensos.

A primera vista la atención prestada a ese proceso puede parecer excesiva.

Con el golpe militar se clausuran las expectativas de un tránsito indoloro al Socialismo. Las bombas sobre La Moneda derrumban todas las ilusiones tejidas en torno al presunto y excepcional carácter flexible del sistema democrático burgués. Toda una mitología, sustentada por las direcciones políticas de la izquierda tradicional durante más de cuatro decenios, sucumbe bajo los tanques de los "legalistas" militares chilenos en medio de la impotencia de un pueblo que veía caer asesinados a miles de los suyos.

Sin sobre valorar los rasgos históricos específicos -tanto sus posibilidades como sus limitaciones- nos parece que tesis como la del compromiso histórico o, en términos más generales, las que sostienen la posibilidad de un tránsito pacífico al socialismo requieren integrar en su formulación programático-estratégica el análisis crítico de una realidad histórica próxima a las tendencias probables de desarrollo de la confrontación de clases para el caso en que lleguen a verificarse.

También podría parecer reiterativo señalar la actualidad de semejante tarea crítica para la izquierda latinoamericana. Creemos que no puede incurrirse en un error similar al ocurrido luego del aniquilamiento de la guerrilla del Ché en Bolivia, cuando esa forma de lucha fue anatemizada como foquismo militarista sin que mediara superación alguna -teórica o práctica- en la dirección de la lucha revolucionaria. Tal vez podría pensarse a la luz de tales antecedentes que una expresión característica de los movimientos socialistas del continente estriba en su compulsión por copiar experiencias victoriosas -aunque sea en forma transitoria, tal como en el caso chileno- de otras latitudes en un comportamiento puramente simiesco.

La literatura sobre el proceso chileno puede ser inscrita en dicha línea. Pocos estudios logran aportar claves analíticas válidas en la elaboración de una alternativa política históricamente eficiente. En la mayoría predominan rasgos puramente descriptivos que oscurecen aún más la necesaria comprensión del estado presente de la lucha de clases en aquel país. Otra cantidad considerable de ellos presenta una visión triunfalista mostrando una resistencia popular en curso siempre ascendente, enfrentada en combates decisivos contra la dictadura. Todas carecen de mínima autocrítica.

Comprensibles por sus motivaciones, este tipo de ensayos, que combinan alabanzas y descalificaciones igualmente ligeras, hacen un flaco favor a la organización de una efectiva resistencia popular. Más grave aún, reflejan el desconcierto reinante en extensos sectores de la izquierda chilena a más de cuatro años del golpe. Por cierto, la realidad es un tanto más compleja que la señalada en los trabajos a que hacemos mención. La derrota político-militar de la clase obrera y el pueblo tuvo una entidad estratégica insoslayable. Los partidos populares, si bien no han sido destruidos, resienten hasta la fecha los efectos de los golpes recibidos. Los sindicatos y otras formas de organización del movimiento popular debieron -durante un largo período- ceder terreno y posiciones al avance prácticamente incontenible de las clases dominantes. Sólo a fines de 1976, se comienzan a articular los primeros bastiones de una línea de defensa. Sin embargo, la enorme sangría de cuadros continúa afectando de manera considerable su acción en la reorganización del movimiento de masas.

La farsa plebiscitaria de Pinochet ha planteado más de una duda al respecto y obliga a situar el análisis de la viabilidad del régimen dictatorial sobre bases y perspectivas diferentes a las usuales.

EL "REALISMO POLITICO DEL MAL MENOR"

Las direcciones de los principales partidos de la izquierda chilena sustentan su actual política en la necesidad -explícita o implícitamente reconocida- de tener acceso a una cierta forma de democratización como requisito indispensable para el reinicio de la lucha por el socialismo. Fundadas en el "realismo político del mal menor" postulan alianzas con sectores de la burguesía como única forma expedita de alcanzar los objetivos democráticos del período. La recurrencia a la caracterización como fascistas de los regímenes militares no es casual. Concebidos como dictaduras minoritarias, antipatrióticas, proimperialistas y servidoras de los intereses reaccionarios de un mínimo segmento de la población, dichas direcciones estiman lógica la concertación de acuerdos con partidos burgueses para reconstruir regímenes democráticos sustentados en un apoyo social mayoritario.

El error básico de semejante concepción es, a nuestro juicio, "olvidar" que nos encontramos en presencia de una nueva fase de desarrollo capitalista, estructurada sobre un patrón de acumulación distinto, definido como "concentrador y excluyente" y en plena coincidencia con las tendencias actuales del capitalismo mundial; especialmente, en lo relativo al esquema de la división internacional del trabajo.

Sólo mediante dicho reconocimiento se consigue superar la visión maniquea que informa la política predominante. A la vez, resulta posible determinar cuál es el verdadero

alineamiento de las clases sociales y sus representaciones políticas en el actual período. Del mismo modo, y por análogas razones, la acción de la clase obrera puede llegar a ser independiente sólo si actúa basada en una estrategia que constituya un bloque social revolucionario de obreros, campesinos pobres, pobladores(1), pequeña burguesía urbana y rural empobrecida y trabajadores independientes. En dicho bloque la hegemonía obrera es cuestión fundamental. La única clase consecuentemente democrática es el proletariado, vitalmente interesado en las transformaciones sociales pendientes que la burguesía nacional, por sus estrechas ligazones con el imperialismo, no puede llevar a cabo.

Las condiciones actuales de la lucha de clases -las mismas que hacen posible el tránsito histórico a un nuevo modelo de acumulación capitalista- han modificado en forma y grados considerables el peso específico de las distintas clases sociales en el país.

La supuesta ruptura de la tradición histórica, esto es, la clausura del régimen democrático decretada por la dictadura, convierte el antifascismo -para las concepciones predominantes en la izquierda chilena - en bandera de lucha y principio orientador de la actividad política del pueblo; a su vez, determina los caracteres y contenidos de la actividad organizativa, agitativa y propagandística de importantes sectores del exilio chileno.

Esta visión estratégica, en nuestra opinión es errónea. Caracterizar el régimen de Pinochet como una tiranía fascista es el argumento para consagrar y legitimar una política de alianzas con sectores de la burguesía. Reincidir en la búsqueda de este tipo de acuerdos significa continuar en forma errática tras objetivos difícilmente orientados hacia la dictadura del proletariado y el socialismo.

Toda estrategia revolucionaria supone, a su vez, una ética, un comportamiento y una práctica políticos acordes con sus fines. Indudablemente en su fundamentación no concurren ninguna determinación de naturaleza mística o metafísica; por el contrario, su configuración requiere del análisis concreto de la situación histórica, la elaboración de un programa y una estrategia que asuman, organicen y dirijan la lucha de masas. Consecuentemente, la internalización de estos elementos o, más bien, su fusión contradictoria con el sujeto histórico de la revolución -la clase obrera, dirigente del bloque social revolucionario- es una cuestión perteneciente por entero al campo de la realidad histórica.

Frente a esta realidad, mayoritarios sectores del exilio chileno hacen caso omiso de las nuevas situaciones emergentes; viven una nostalgia embrutecedora y proyectan los antecedentes del período anterior al actual encerrándose, de esta forma, en un círculo vicioso que se resiste a toda confrontación -por mínima que sea- con el movimiento histórico real.

Algunos cálculos -tal vez exagerados- estiman aproximadamente en un millón el número de chilenos que ha debido abandonar el país; es decir, cerca del 10% de la población nacional. Sin duda, la composición de ese exilio es muy heterogénea. El grueso lo conforman personas que, debido a las crecientes dificultades económicas y al generalizado clima de represión existentes, han decidido buscar nuevos horizontes; sin embargo, en ningún caso puede despreciarse el volumen de militantes de

partidos de izquierda que lo integran. El exilio chileno es un exilio masivo. Por lo mismo, sus responsabilidades son de primera importancia. Las exigencias de lucha así lo reclaman y, a pesar del aporte entusiasta en lo cualitativo, presenta una con-
tunaz indigencia de elementos enriquecedores.

Muchos antiguos dirigentes no logran valorar la situación, limitándose a actividades de corte clásico, empapadas de paternalismo y apuntadas a mantener cohortes de entusiastas receptores de migajas de la prevaricación. La crítica -o su intento- ha desaparecido. Quienes pretenden ejercerla son descalificados. Una sola opinión prevalece. Discrepar es apostasía. Así, el exilio vegeta. No crea ni aporta. Se le narcotiza diariamente. Las falsas ilusiones y su adscripción a realidades diversas facilita la permanencia y la vigencia del éxito oficial. Con ello, el aporte a la situación interna es mínimo. Salvo conformismos metafísicos o recónditas intenciones de regreso, más impregnadas en idealismos nacionalistas que en compromisos serios de lucha política. Pero en ninguna casa falta un cartel, música de los rra o las últimas palabras de Allende...

CHILE EN ESCORZO.

El último decenio de la vida chilena señala de manera inequívoca la existencia de dos períodos contrastantes en la lucha y la actividad de las clases fundamentales. El primero de ellos, 1907-1923, se caracteriza por la progresiva movilización y ascenso cualitativo en la actividad de los más amplios sectores del movimiento popular. Este movimiento orgánico de las clases explotadas llega a desarrollar importantes indicios de iniciativas estratégico-tácticas, insuficientemente aprovechadas por sus direcciones, permitiendo así, la paulatina reorganización de las fuerzas sociales, políticas y militares de la burguesía. Este proceso movilizador, originado por la nueva crisis mundial del capitalismo y la política imperialista, intenta trasladar sus efectos al proletariado de los países dependientes y las clases dominantes chilenas son impotentes para contener -en ese momento- la amenaza que se cierne sobre ellas.

Divididas en cuanto a la estrategia para salvar la crisis, los primeros intentos realizados por el gobierno de Frei en el mismo año 1967 para congelar drásticamente los sueldos y salarios mediante el ahorro forzoso fracasan, pues amenazan con romper la base social de apoyo del Partido Demócrata-Cristiano, en el poder.

Las profundas diferencias existentes en torno al nuevo modelo de desarrollo capitalista ahondan las grietas del bloque en el poder; así, la Unidad Popular, (2) aprovecha con habilidad la existencia de esta contradicción intraclase y dirige el ariete del movimiento popular como una cuña que ahonda la división.

Estas condiciones, unidas a la momentánea paralización de la capacidad de respuesta del imperialismo norteamericano empantanado en Indochina y la fuerte presión de las masas populares en todo el continente que neutralizan a sus gobiernos o los empujan hacia la izquierda, hicieron posible el triunfo electoral de Salvador Allende y su ascensión al gobierno.

Los momentos de auge de dicha movilización se producen indudablemente durante el gobierno de Allende. La profundización de la reforma agraria, la nacionalización del cobre, la estatización de importantes industrias y el planteamiento de formas de control obrero constituyen los cimientos del camino

para el surgimiento de incipientes formas de poder popular (3). Ellas se orientan a la solución del problema que, desde fines de 1972, luego de la derrota del primer paro patronal, (4) para ponerse a la orden del día: qué clase social manda en el país.

El segundo período, inaugurado por el golpe militar del 11 de Septiembre de 1973, se ha caracterizado en cambio por la apertura y continuación de un feroz proceso contrarrevolucionario que conmueve a millones de individuos en todo el mundo y consolida un flujo solidario constante hacia el pueblo chileno.

Resulta casi ocioso señalar que la iniciativa ha pertenecido casi por entero durante esta etapa al gobierno militar. Gracias a ello, la alianza del gran capital financiero interno con los intereses imperialistas asentados en las ramas más dinámicas de la industria de transformación, se ha afirmado como fracción hegemónica del bloque dominante.

Aparentemente esta situación comienza a cambiar. Nuevos hechos políticos se perfilan ya no producidos en forma directa por la dictadura. Por momentos, pareciera que el espectro opositor se ampliase hasta condenarla al más absoluto aislamiento. Los orígenes y proyecciones de estos movimientos de la sociedad chilena son, sin embargo, objeto de interpretaciones contrapuestas. Se trata entonces, de valorar con base en los antecedentes objetivos las potencialidades reales contenidas en ellos. Al tiempo, reflexionar sobre la capacidad -actual y futura- de las organizaciones de izquierda para forjar con estos elementos armas válidas para el derrocamiento del régimen dictatorial.

Antes que nada, se debe precisar que la crisis de la formación económico-social chilena que diera origen a la dictadura tuvo un carácter orgánico y no simplemente coyuntural. El modelo de desarrollo capitalista basado en el impulso de una industria sustitutiva de importaciones, apareció como indispensable desde la caída de la industria salitrera a fines del segundo decenio del presente siglo. La gran crisis de inicios de los treinta no hizo sino acelerar su urgencia. Su ámbito histórico de realización adquirió concreción precisamente en la coyuntura de la segunda guerra mundial.

Esencialmente, sus características más destacadas son la aparición de una pujante industria generadora de bienes y salarios, apoyada por el papel dominante y organizador de la inversión pública; la aceleración del proceso de urbanización por la liberación de mano de obra en una estructura agrícola que empieza a demostrarse, cada vez más, crónicamente deficitaria. La naciente industria emplea a estos nuevos ciudadanos. En este período se configuran, históricamente, las principales fuerzas sociales y políticas del Chile presente posibilitándose, al tiempo, la ampliación de la base democrática del Estado mediante la constitución de partidos con sólidas raigambres en las clases más dinámicas de la sociedad chilena. Hubo, por lo menos en los primeros años, un significativo mejoramiento de la participación del sector asalariado en la distribución del ingreso nacional y un crecimiento sostenido de los gastos sociales del presupuesto nacional que permitieron ampliar los servicios educacionales y de salud pública.

La inicial palanca impulsora de este proceso fue el Frente Popular, coalición de gobierno originalmente formada por los partidos radical, comunista y socialista. Fue vigente durante 14 años (1938-52) marcados por la abierta hegemonía radical. Se mantuvo en el sexenio del presidente Ibañez (1952-58);

su sentido fue bastante atenuado en la administración Alessandri (1958-64) y tuvo su fin durante la presidencia de Frei (1964-70). Ya a mediados de este último período, el modelo se manifestó impracticable debido a su incapacidad para obtener los recursos financieros requeridos para la generación y desarrollo de una industria productora de bienes de capital. Este es el momento en que afloran a la superficie todas las contradicciones acumuladas. En verdad, los primeros signos de agotamiento del modelo sustitutivo se remontaban al decenio de los cincuenta. Tal como señala Carlos Mistral, el intento de alcanzar la independencia económica del país se transforma en su opuesto.(5)

La tasa de crecimiento del producto industrial cayó de un 5,3% para el período 1940-52 a un 2,3 para los 8 años posteriores. La situación de la agricultura también contribuía al agotamiento del modelo en ejecución. El arcaico régimen latifundista basado en cultivos extensivos de los suelos era causa principal del estancamiento de la producción agrícola. Recordemos que, en el período 1936-1938, Chile obtuvo 11 millones de dólares de superavit anual gracias a la exportación agropecuaria. Durante 1963-1965, plena vigencia de la Alianza para el Progreso, se alcanzó un déficit de 124 millones de dólares para cada uno de esos años, déficit acrecentado en el sexenio de la administración democristiana.(6)

La consideración de estos factores -desde 1964- estaba presente en el diseño del modelo neocapitalista de la modernizada Falange Nacional que, inspirada en su homónimo germano occidental, actualizaba en Chile un proyecto socialcristiano.

Una reforma agraria orientada a disminuir el volumen total de las importaciones agropecuarias era imperiosa para frenar los crecientes desequilibrios del sector externo de la economía chilena. La política agraria, uno de los ejes fundamentales del gobierno Frei, se constituía, entre otros, como desencadenante de la fisura en la unidad política de las clases dominantes y se profundizaría al agravarse el deterioro del modelo sustitutivo.

La aguda confrontación de clases modificaba y condicionaba los resultados inicialmente concebidos por el desarrollismo demócratacristiano. Al tiempo, limitaba las posibilidades de mediatizar y reabsorber -institucionalmente- la actividad de un movimiento popular de creciente capacidad contestataria.

En 1970, el triunfo de la postulación de la izquierda, encabezada por Salvador Allende, encontraría en el desarrollo de esta situación las razones que permitieron su éxito. La división electoral (7) y la parálisis en la capacidad de respuesta de la burguesía demostraban la magnitud creciente de las contradicciones en el seno de las clases dominantes.

La política económica del nuevo gobierno y el consecuencial ascenso de las luchas obreras y populares implicaron la maduración de un nuevo aspecto de la crisis que se extiende al modelo de dominación y se difunde hacia todos los niveles del Estado y la sociedad chilena. La amplia constelación de contradicciones que separaba a las distintas fracciones burguesas no era, con todo, insoluble. La dinámica de la lucha de clases -en especial, las nuevas formas de organización surgidas del propio movimiento popular: comandos comunales de trabajadores, cordones industriales, consejos comunales campesinos, entre otras- planteaba, en una perspectiva práctica y actual, el problema fundamental de toda revolución. La incapacidad para res-

ver la cuestión del poder estatal actuaría como eficaz catalizador en la reunificación política de la burguesía y conjugaría todo peligro de un eventual quiebre en las fuerzas armadas.

El golpe militar no ha clausurado el sentido dialéctico de este movimiento en las clases dominantes. Por el contrario, ha replanteado su enfrentamiento -en niveles superiores luego de la derrota del proletariado- desde una nueva base: la hegemonía del capital financiero-monopólico interno y externo.

El nuevo patrón acumulativo, cuyas tendencias iniciales se remontaban al período 1967-70, es ahora posible. Tras la aparición de una gigantesca e irracional faena de demolición de las bases económicas del país, se oculta la realidad de un acelerado proceso de concentración y centralización del capital, por la vía de una aguda crisis de realización conscientemente provocada y utilizada por el sector hegemónico de la burguesía para superar la crisis del modelo anterior.

Los más característicos de este patrón son:

- la superexplotación del trabajo asalariado, principalmente a través de la caída de los salarios reales en una proporción cercana al 50%. Al mismo tiempo, ha aumentado la jornada anual de trabajo por la prohibición de huelgas. Evidentemente la pérdida de las posibilidades de negociación colectiva significa para los trabajadores su más completa indefensión. A ello debe unirse el hecho que las altas tasas de desempleo(8) generan un elevado ejército industrial de reserva y crean una presión adicional impidiendo externar sus demandas y protestas. En suma, el aumento de la cuota de apropiación de la plusvalía ha permitido salvar, por lo menos coyunturalmente, las dificultades derivadas de la no elevación de la productividad del trabajo;
- la pauperización de importantes segmentos de la pequeña burguesía y de los sectores medios obra en un sentido idéntico y a ritmos coincidentes con el aspecto señalado en el acápite anterior. Sin duda, los sectores más perjudicados son los funcionarios públicos encuadrados, hoy en día, en la llamada escala única de sueldos y severamente afectados por la reducción del presupuesto público de la nación. Además, ello ha significado la disminución del personal en importantes servicios públicos, tal como ha acontecido en educación, ferrocarriles, correos y salud pública;
- La expropiación o quiebra de los sectores burgueses de menor capacidad competitiva. La crisis de realización de la economía chilena, inicialmente relacionada con la contracción del mercado interno y la elevación de la tasa de plusvalía, afecta prácticamente a todas las ramas de la industria nacional. Por cierto, no todas las empresas se encuentran en condiciones semejantes para afrontar los agudos problemas de realización existentes. Las empresas de mayor composición orgánica de capital, afectadas por la tendencia a la caída de la cuota media de ganancia, disponen en todo caso de mejores mecanismos para salvar la acumulación de inventarios, especialmente por mediación del incremento de sus exportaciones (9) y por su estructura fuertemente monopólica. Las tendencias a la centralización monopólica de la industria nacional se ven favorecidas con el proceso de reprivatización de la industria estatizada durante el gobierno del presidente Allende. Los principales grupos financieros e industriales del país -los pirañas, el clan Matte, los tiburones- se han convertido así en beneficiarios y poseedores de grandes masas de capital. Para mantener tal situación requieren hacer todavía más feroz la competencia en cada una de las ramas industriales, eliminando a los productores menos eficaces ya debilitados por el

alto costo del crédito en una situación hiperinflacionaria y por la nueva orientación de la actividad económica del Estado que, cada vez más, elimina las barreras arancelarias que habían protegido a la industria nacional;

-La devolución de los latifundios expropiados durante el proceso de reforma agraria. De un total de 5.809 predios agrícolas con una superficie total de 9.965.868 hectáreas al 31 de Julio de 1976 se han devuelto a los antiguos latifundistas -en forma total 1.415 con una extensión de 1.992.217 hectáreas, cantidad a la cual deben agregarse otras 649.159 hectáreas correspondientes a restituciones parciales efectuadas en otros 2.109 fundos. La suma total de las tierras devueltas corresponde a ; 2.641.377 hectáreas; es decir, más del 25% de las tierras afectadas durante todo el proceso de reforma agraria.(10) El rápido proceso de reconstrucción de la propiedad latifundaria se complementa con la creación de pequeños propietarios en tierras no reclamadas por sus antiguos dueños. La situación de estos campesinos dista mucho de ser desahogada, pues el Estado les ha reducido de forma considerable el apoyo crediticio y técnico. A pesar de los precarios rendimientos obtenidos por la agricultura durante los últimos años, el desarrollo capitalista del agro ve reafirmadas sus tendencias.

No obstante, la producción triguera del país es para el año 1977 inferior en cerca de un millón y medio de quintales a la registrada en 1971. Para los mismos años se acentuaron fuertes incrementos en la producción de remolacha que pasa de; 13.907.000 a 22.084.000 quintales. La validez de estos índices no se orienta, como en el pasado, en función del mercado interior. A pesar de los modestos índices de crecimiento de la producción agropecuaria, ésta tiende a constituirse en un rubro de exportación. Con una masa ganadera tradicionalmente reducida, Chile se transforma en proveedor de cortes finos.

El sector agropecuario ha aumentado, por esas razones, su participación en las exportaciones de 78,6 a 108,6 millones de dólares entre los años 1976 y 1977 (estimaciones para este último año), lo que significaría un incremento cercano al 35%;

- La desnacionalización acelerada de la economía chilena. Siendo un aspecto clave para el nuevo patrón de acumulación, es posible observar un incremento de la participación de capitales extranjeros (11) en las empresas más dinámicas del sector secundario.

No obstante, este factor no ha significado un ascenso acentuado del monto total de las inversiones extranjeras. Esta cuestión y las escasas posibilidades de la economía chilena para convertirse en un polo atractivo de inversiones directas plantea serias reservas en torno a la viabilidad del modelo de acumulación actual. No basta con la aproximación teórica a las tendencias de internacionalización del capital imperialista; el encuentro debe darse en la realidad. En resumen creemos que la pequeña dimensión del mercado nacional y la penetración imperialista existente en economías como la brasileña posibilitarán más bien la intensificación de las tendencias subimperialistas que el desarrollo de la industria chilena.

Al mismo tiempo, un nuevo modelo de dominación política basado en la represión generalizada, la liquidación de los derechos de los trabajadores y el cercenamiento de

los valores esenciales de la cultura chilena se implementan con ritmos acelerados.

Este proceso se ha desarrollado en un cuadro de dimensiones dramáticas. Los sectores asalariados han perdido la casi totalidad de su poder adquisitivo. La miseria se ha instalado en los hogares populares. Educación y salud masivas han pasado a ser gastos suntuarios. Todo se insume en "defensa y seguridad nacionales". La antinomia opulencia-extrema miseria marca con nitidez la vida de los chilenos, generando un creciente descontento. La hasta ayer precaria unidad nacional contiene en sí el germen de la fractura.

No obstante, la dictadura no resiente esta realidad. La ampliación del espectro opositor -que ahora incluye a sectores de la burguesía- plantea nuevos problemas al régimen. Pero no lo debilita de manera automática. Aún más, las propias discrepancias en el interior de la junta militar con motivo del reciente plebiscito, (12) no pueden ser objeto de una consideración unilateral. En efecto, Pinochet buscó a través de esa farsa la consolidación de su poder, intención claramente explicitada luego de su realización al afirmar que en su persona se concentraba toda la estructura de poder.

La dictadura militar no puede, sin embargo, transformarse en un régimen unipersonal de gobierno sin conflictos y roces entre los distintos componentes de su base social y política. Para entender la forma en que opera este tránsito es decisivo valorar la magnitud de las fuerzas políticas y sus correlaciones reales en la nueva situación.

Las fuerzas y partidos han variado sus magnitudes no en un sentido estrictamente numérico; es su capacidad de acción la que presenta una tendencia de notoria debilidad. La dictadura, en condiciones normales, no podría obtener en caso alguno un apoyo ciudadano del 74%. La porfiada realidad demuestra, sin embargo que Chile no las vive. Y, ¿cómo podría vivirlas?

Derechos políticos y sindicales conculcados, partidos proscritos, Parlamento clausurado, Tribunales de justicia dependientes y degeneradores del habeas corpus, Contraloría General de la República cuestionada, intervenida y sancionada. Medios de comunicación de masas amordazados u obsecuentes servidores de la dictadura. El miedo y el hambre, telón de fondo.

El estado de excepción es la forma de existencia del actual gobierno. De tal modo, los deseos -por muy plausibles, que sean- no deben confundirse con la realidad. Las tendencias históricas expresadas en ella obligan a una visión totalizadora. De no proceder así, se reduce la política a la consideración unilateral de la situación existente en las clases dominantes incurriendo, por ello mismo, en graves errores. También es preciso señalar las tendencias actuantes en el campo de la clase obrera y del pueblo; más aún, debe iluminarse en forma analítica el conjunto de la formación social chilena en la totalidad de sus relaciones y movimientos contradictorios.

No pretendemos exagerar. Tampoco autoconformarnos. Pero la situación de derrota es innegable. Debe asumirse como tal. El profundo retroceso experimentado por la izquierda, las violentas modificaciones de la estructura productiva nacional y sus proyecciones concretas en la configuración actual de las clases

sociales y la debilidad considerable de la memoria colectiva del proletariado. Las organizaciones de vanguardia, el general exterminio de obreros y campesinos de avanzada, la vasta experiencia de lucha, son elementos que deben considerarse en todo proceso de elaboración estratégica.

Por otra parte, es inútil obviar las consecuencias del clima oscurantista que entraba la emergencia real de una intelectualidad orgánica desprovista de sus viejos atavismos conciliadores capaz de integrarse al soldamiento de un bloque social revolucionario.

Estas determinaciones son tan válidas y presentes como la persistencia de las contradicciones interburguesas. La situación política nacional es incomprensible en sus manifestaciones actuales si no se consideran éstas en su totalidad.

LAS ILUSIONES DEL RECAMBIO.

Una serie de fórmulas políticas para el recambio del actual gobierno encuentran amplia acogida en numerosos sectores del exilio. Todas ellas se basan en la errónea caracterización de la dictadura militar como fascista y -además- en la advertencia, matizada por múltiples manifestaciones de subjetivismo, de la considerable extensión alcanzada por las contradicciones interburguesas. Esta tendencia se alimenta de hechos tales como la divulgación de una misiva enviada por el general de la fuerza aérea Gustavo Leigh al titular de la dictadura con motivo de la "consulta" recientemente efectuada. Dicha nota expresa algunas discrepancias sobre la gestación inconsulta de la convocatoria y los posibles efectos negativos de la misma en el nivel publicitario internacional. Pero, como hemos dicho, las diferencias apuntaban más bien a la pugna de poder entre los componentes oficiales de la junta que a posiciones de fondo orientadas a una posible democratización.

Las críticas en torno a la gestión gubernativa formuladas por Roberto Thieme, dirigente de la organización ultraderechista Patria y Libertad, (13) o de Orlando Sáez, economista e influyente personero de la Sociedad de Fomento Fabril (14) y la detención y el posterior confinamiento de algunos exparlamentarios de la Democracia Cristiana son interpretados por los alentadores de la política del recambio como signos de su pronta y segura concreción. Tal lógica piensa inminente el derrumbamiento de la dictadura.

Así se llega a considerar a aquella como un órgano en avanzado estado de descomposición. Con este criterio, la lucha política se reduce a una simple operación aritmética en la que la adición es todo el juego.

No podemos caer en la complicidad fácil y acomodaticia; la lucha proletaria exige un replanteamiento general de las líneas de trabajo en el conjunto de la izquierda chilena sobre todo, de su conducta práctica. La buena voluntad no basta. La transformación revolucionaria de la sociedad chilena pasa por el derrocamiento de la junta. Pero no se detiene allí y resulta posible sólo si asumen los objetivos estratégicos del proletariado. Fuera de esta perspectiva, toda política realista se desplaza insensiblemente hacia el oportunismo. Y todo parece indicar que la autodesignada dirección política del exilio chileno no está ajena a los riesgos de un desplazamiento semejante.

Diluida la posibilidad de operar -en lo inmediato- sobre la base de sus propias fuerzas los esquemas de la alianza de la izquierda deben orientarse hacia la articulación

de un amplio y poderoso movimiento de resistencia popular que trascienda los principios y hábitos predominantes.

Los partidos políticos llegarán a jugar un papel dirigente en el derrocamiento de la dictadura sólo si logran reconstituir un movimiento de masas. Pero ello supone tener en cuenta la realidad de la correlación de fuerzas existente y combinar sólidas líneas de defensa con maniobras de hostigamiento y debilitamiento de la dictadura.

En contrario, no tendrán otra alternativa que aceptar con resignación el papel de correas de transmisión entre una dirección buguesa democristiana y un movimiento popular castrado en su independencia y objetivos estratégicos. Tal perspectiva, sin embargo no es irreversible.

POR LA REVOLUCION.

La perspectiva de construcción de un frente único del pueblo, organizador del descontento popular provocado por la dictadura hasta potenciarlo en alternativa real, históricamente eficiente, sigue siendo la única posibilidad.

El punto de vista de la revolución proletaria -o sea, la necesidad y posibilidad históricas de construir una sociedad sin clases mediante la subversión violenta de las relaciones de fuerzas propias de la dictadura burguesa- implica la elaboración de un programa de transición que visualise, asuma y unifique las reivindicaciones parciales de las distintas capas populares para transformarlas en momentos constitutivos del bloque social revolucionario.

Recorrer este largo camino torna imperioso abandonar toda recurrencia doctrinalista. La copia de modelos, por efectivos que éstos hayan sido, no ayuda. La reflexión sobre las condiciones reales de vida en el país es el procedimiento metodológico para efectuar esa tarea. Se trata de actuar con fuerzas sociales concretas que se han modificado profundamente en los últimos 4 años hasta llegar, incluso, a ciertas formas de autonomía respecto de sus antiguos instrumentos de representación.

El proletariado industrial, clase dirigente de toda posible transformación revolucionaria, el campesinado pobre y medio, las fracciones pequeño burguesas, las capas medias, los movimientos estudiantiles y poblacionales que deben confluir en el frente único son todos valores algebraicos cuyo contenido político real se hace necesario develar. Para ello no basta refundar la Unidad Popular, integrar al MIR y concertar acuerdos con la Democracia Cristiana.

Hay que ir más allá todavía. El objetivo es transformar los sectores sociales golpeados por la dictadura en una fuerza social, llevar a las masas desde la inercia relativa hacia el movimiento total, neutralizar a las fracciones burguesas opositoras y aún forzarlas a la acción conjunta.

Un profundo movimiento orgánico de las clases explotadas -portadoras germinales de la nueva sociedad- debe encarar la resolución de problemas tales como la cuestión agraria, la propiedad y gestión sociales de las empresas, la nacionalización del capital imperialista, la constitución de un ejército popular, y la solución de la salida al mar del pueblo boliviano. Son, entre otros aspectos, situaciones que no pueden ser dejadas al arbitrio de la oportunidad.

La consigna de la **asamblea constituyente** debe transformarse en eje táctico de la **lucha proletaria**. En su turno se puede combinar la acción de los sectores antidictatoriales más vastos sin renunciar, desde ahora, a la independencia programático-estratégica de la clase obrera. La constituyente es un paso más claro -que las tentativas de suscribir un "compromiso histórico"- que reconoce y acepta como insuperable la actual situación; por el contrario, ella permitiría desplegar las energías hasta ahora aplastadas de la clase obrera y el pueblo. La **hilación estratégica** de esta línea está dada por la conformación de una efectiva resistencia popular sustentada en la organización y acción independientes de las masas.

Sin embargo, la realización de esa tendencia es contradictoria. Su desarrollo tiene momentos de flujo y reflujo. El movimiento sindical da muestras de una actividad creciente; más no por ello fructuosa. El grado de desarrollo alcanzado por el pueblo -en su organización y conciencia- se manifestó en múltiples formas durante la farsa plebiscitaria; incluso, al margen o por sobre directivas partidarias. La población atisbó en ese evento una posibilidad de repudiar la dictadura; y así lo hizo. La base potencial de la resistencia popular demostró su existencia, no obstante su fraccionamiento y desvinculación orgánicas. Su objetivo, por cierto, jamás fue derrotar electoralmente a la dictadura.

El pueblo chileno planteó empero, nuevas interrogantes que deben taladrar la conciencia de quienes formamos el exilio: ¿Fuéron capaces las direcciones de izquierda de aquilatar la trascendencia de ese esfuerzo? ¿Están dispuestas, en realidad, a dar una conducción coincidente con esa movilización? ¿Aceptará la superestructura que una dirección es tal sólo si conduce, efectivamente, las luchas de su pueblo?

Las organizaciones de izquierda, cuyos militantes y dirigentes arriesgan la vida, de seguro desplegarán toda clase de esfuerzo por convertir en realidad las posibilidades germinales ofrecidas por más de un millón de chilenos en las diversas condiciones señaladas.

Sin embargo, no es indiferente la línea política a que dichas posibilidades sean integradas. Para nadie es un misterio la grave y profunda crisis que vive la izquierda chilena.

Aparentemente unida, su instrumento -la unidad popular- no es unidad ni es popular. Concebida como instancia electoral, probó su incapacidad dirigente y mobilizadora ante la ofensiva de las clases dominantes. Hoy, desde el exilio, pretende dirigir las luchas del pueblo. Sin embargo, protagonizan marcadas contradicciones y antagonismos sus partidos y movimientos integrantes. El carácter de la revolución chilena, su estrategia ligada indisolublemente a la lucha continental y a la necesidad de una vanguardia están presentes en la crisis. Y ella no es patrimonio exclusivo y excluyente de la izquierda tradicional. Surca, en profundidad, a todos los revolucionarios. Quiebres orgánicos surgen en la mayoría de los partidos y movimientos. Tanto en el interior como en el exilio. Ocultar esta realidad es continuar la mitología, ya bastante estratificada.

La maduración de esta crisis contiene, sin embargo, los elementos para su superación. En la disensión ideológica se desarrollan las condiciones para la unidad superior. El sentido de este proceso se encamina hacia el derrocamiento de la dictadura y el avance de la lucha revolucionaria. La responsa-

bilidad fundamental recae en la nueva izquierda. Ella debe ser capaz de concertar, en la realidad la alternativa hasta ahora perfilada como abstracción teórica.

Así, unos y otros debemos reflexionar sobre nuestra responsabilidad histórica. Un amplio debate de ribetes absolutamente científicos y una férrea acción conjunta son imperativos, inexorables, exigidos por el pueblo chileno. La lucha continental y la solidaridad internacional ameritan una respuesta coherente, concreta y directa del exilio chileno. Las responsabilidades son compartidas. Pero no olvidemos que a nadie le está permitido constituirse en artífice de una nueva derrota. El pasado reciente enseña con inequívoca claridad el precio que tienen las aventuras oportunistas del reformismo.-

(México, febrero 1978).-



NOTAS.

1. El término "pobladores" designa en Chile a los habitantes de las zonas periféricas de las grandes urbes de mayor concentración industrial.
Agrupados en asentamientos humanos conocidos como "campamentos", se integran, principalmente, con sectores del campesinado desplazado a la ciudad en busca de oportunidades laborales. Desde mediados del decenio de los sesenta se mostro' como un segmento social de permanente actividad reivindicativa.
2. La Unidad Popular es la alianza política de los partidos comunista, socialista, radical, MAIU (actualmente escindido en dos corrientes, ambas participantes de la coalición) e Izquierda cristiana. Se constituye este bloque, originariamente, como respuesta de los sectores avanzados del movimiento popular en la coyuntura electoral de 1970. Su programa apuntaba a realizar las tareas de liberación nacional, agrarias y democráticas pendientes; sin embargo, señalaba que durante su gobierno debían sentarse las bases para la transición al socialismo. En la actualidad, se reúne con periodicidad en el exterior sin lograr afirmarse como factor real de dirección en el interior.
3. El poder popular surge en medio de la intensa confrontación de clases como respuesta directa de las masas obreras y populares ante la creciente ofensiva de las clases dominantes y frente a la incapacidad del eje de conducción comunista-socialista de gobierno para enfrentarla. Orientada en la perspectiva del poder, los comandos comunales de trabajadores, los cordones industriales y los consejos campesinos instituidos des-
~~de la base se~~ organizaban como semilla de una democracia de consejos y eran, a la vez, instancias movilizadoras de los sectores más radicalizados y conscientes del pueblo apoyados en forma activa por la izquierda revolucionaria.
4. La estrategia de la burguesía para el derrocamiento del gobierno del presidente Allende combinó la utilización de medios legales y de carácter insurreccional. En la segunda vía -que concitaba el concurso del conjunto de las fuerzas políticas de la burguesía- ocuparon un papel destacado los paros patronales. El primero de ellos se desarrolla entre octubre y noviembre de 1972 culminando con una transacción que pospone el conflicto hasta después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. El segundo se inicia en julio de ese año y culminará sólo con el golpe militar. En ambos, la participación imperialista fue determinante a través del financiamiento de los gremios más hostiles. Tal fue el caso de los transportistas.
5. "La industrialización sustitutiva que desata el Frente Popular es profundamente contradictoria y, aunque sus objetivos explícitos eran sentar las bases de la independencia económica del país, sólo acentuó la dependencia. Tres son los nudos económicos que explican este fracaso de la burguesía chilena que durante algún período jugó el papel de burguesía nacional: a) no abordó el desarrollo de la industria pesada; b) dejó el sector exportador en manos del capital extranjero; c) dejó sin resolver las tareas de transformación agraria." Carlos Nizral, "Chile: del triunfo popular al golpe fascista"; serie popular ERA, México 1974, p.23.

6. Jacques Chonchol. "La reforma agraria de Chile (1964-1973)". Revista Chile-América, Roma, N° 25, 26 y 27, noviembre y diciembre 1976, enero 1977, pp 23-4.
7. En las elecciones de 1970 las fuerzas políticas de la burguesía se presentaron divididas. El Partido Nacional, expresión de la derecha tradicional y representación política de los sectores terratenientes y comerciales de la burguesía, apoyó la postulación del octogenario ex-presidente Jorge Alessandri R. Por su parte, la Democracia Cristiana, representante de los sectores más dinámicos de la burguesía industrial, levantó la candidatura de Radomiro Tomic.
8. Según las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas el desempleo alcanzaba en 1977, un 12,1 %. Para ese mismo mes, el Departamento de Economía de la Universidad de Chile indicaba una tasa del orden del 13 %. En actividades como la construcción, la cesantía alcanza, para la misma fecha, un 31,3 %.
9. El incremento de la participación de la industria en las exportaciones no tradicionales fue, según el Banco Central de Chile, para 1977, de un 26,4% superior con respecto al año anterior. Un fuerte ascenso se puede observar -además del caso de la industria forestal- en la exportación de productos metálicos, maquinarias y artículos eléctricos.
10. Informaciones oficiales de la Corporación de la Reforma Agraria señalan que la superficie total devuelta al 30 de junio de 1977, se eleva a 2.804.863 hectáreas físicas.
11. Aunque no se han entregado datos oficiales sobre el monto de las inversiones extranjeras en el país, no menos de 15 misiones económicas de diversas naciones europeas -RFA, Suiza, Inglaterra, Bélgica- y Estados Unidos estudian la posibilidad de colocar capitales en Chile, sea por la vía del crédito o de la inversión.
12. En diciembre de 1977, Pinochet convocó a un plebiscito realizado el 4 de enero de 1978. Aparentemente, su motivación fue demostrar el "repudio de la población chilena" a la resolución de las Naciones Unidas que condenaba las constantes violaciones de la dictadura militar de elementales derechos humanos. El cuadro posterior ha esclarecido en forma notable los reales propósitos perseguidos por el dictador para afirmarse personalmente en el ejercicio del poder. Demás está decir que la llamada consulta nacional no fue sino otro fraude. Su rasgo más importante talvez sea el afloramiento de contradicciones en el mismo seno de la junta. La oposición del jefe de la Armada, Almirante Merino, y del comandante en jefe de la Aviación, son elementos de ella.
13. Patria y Libertad es una organización constituida luego de la elección de Allende. Durante todo el período de gobierno se destacó por una permanente actividad conspirativa. Oficialmente disuelta, mantiene su operatividad. Hace algunas semanas, su segundo dirigente -Roberto Thieme- ha señalado la conveniencia de "redemocratizar" el país.
14. La Sociedad de Fomento Fabril, SOFOFA, es el máximo organismo de los industriales chilenos. De un abierto y decidido apoyo inicial a la dictadura, recientemente ha formulado algunas advertencias nacidas de las dificultades que afrontan sus asociados como consecuencia de la política económica del gobierno. Principalmente, por la eliminación de las barreras proteccionistas arancelarias. Orlando Saenz uno de sus mentores, publica con regularidad alertas críticas a dichas medidas. Durante el período de Allende; fue uno de sus más encorados adversarios y declarados impulsor de la salida militar, para la crisis chilena.